

art buchwald

CRISIS EN «LA FELICIDAD PERFECTA»

WASHINGTON.—Los editores de la revista "Felicidad perfecta" estaban el otro día sumidos en la desesperación. Uno de ellos dijo:

—Nuestra audiencia ha descendido; las amas de casa cancelan a millares las suscripciones. ¿Qué hacemos?

—El problema que tenemos es que editamos una revista dedicada al hogar y las que se venden son las dedicadas a cosas sexuales. Nuestros lectores no admitirían que tocáramos este tema en la revista.

—Un momento —dijo el director artístico—. No lo admitirán si nos mostráramos partidarios, pero, ¿qué ocurriría si dedicáramos un número crítico?

—No lo entiendo...

—Suponga que titulamos "La revolución sexual está arruinando a los Estados Unidos".

—¿Y qué?

—Pues es claro... Esto sería una excusa para meter las ilustraciones que quisiéramos.

—Lo veo bien —dijo otro redactor—. Podemos incluso decir que consideramos que es un deber de la madre norteamericana enfrentarse con los peligros que les esperan a sus hijos en esta sociedad en la que el sexo juega tal papel...

—Bien. Podríamos publicar ilustraciones de "Soy curioso" y el "Asesinato de la hermosa George".

—¿Y qué me dicen de otras sobre la opereta "Hair" mostrando esos horribles cuerpos desnudos en escena?

—Tal vez podríamos conseguir alguna foto de la obra "Che", la que prohibieron después de la primera representación.

—Podríamos abordar el tema de los anuncios de películas pornográficas.

—Todos se habían excitado. Alguien indicó:

—Podríamos reunir los párrafos más lascivos de "La queja de Portnoy", "Parejas" y "Mira Brecken ridge".

—El redactor de recetas de cocina podría preparar un artículo sobre los alimentos afrodisíacos y sus peligros.

—No olviden las modas —agregó otro—. Podríamos incluir trajes que dejan al descubierto ciertas partes del cuerpo y denunciar a los diseñadores que han destruido la industria textil.

El director de la revista parecía satisfecho. Dijo:

—Por supuesto, para equilibrar la parte artística tendríamos que incluir algún artículo de gente respetable que, como nosotros, rechaza la revolución sexual.

—Es una gran idea. Y deberíamos incluir entre los colaboradores a un psiquiatra y un negro... para que no se crea que sólo los blancos se sienten preocupados por el sexo.

El administrador, que no había abierto la boca, sugirió:

—Creo que si dedicáramos la portada a una pareja haciéndose el amor impresionaríamos al público y de paso le abríamos los ojos sobre el problema.

—En la portada —dijo el director—, eso si que sería un éxito. Lo que vamos a hacer es demostrar los horrores de la revolución sexual. No podemos permitir que los lectores se alegren ante esta edición. Nuestro lema sigue siendo: "Tal vez a usted no le guste, pero la mujer norteamericana tiene el derecho a saber".

(Copyright 1969. The Washington Post Co. Distribuido por Editors Press Service Inc.—Agencia Zardoya.)

AMERICA, AMERICA

El desorden establecido y sus perturbadores



«EL INCIDENTE»

La cosa no es nueva. Ni siquiera puede resultar insólita. En un país como el nuestro, en el que el cine polémico —de fabricación nacional o extranjera, da lo mismo— no es moneda corriente, acaparadas como están las salas comerciales por el material de consumo, y en el que la crítica, en su inmensa mayoría, se limita a reseñar el mayor o menor grado de validez como objeto de consumo del producto que se exhibe, es lógico que, a la hora de enjuiciar un film que se salga de los senderos batidos, se incurra, muchas veces con la mejor voluntad, en los más tremendos errores. Ha ocurrido muchas veces. Y seguirá ocurriendo, de seguro. El hambre que aún subsiste de obras comprometidas, de un cine que afronte abiertamente los problemas que de verdad preocupan en el mundo y, con más razón, en España, hace que se haya llegado a un esquematismo que da como resultado el que, por el solo hecho de plantear ciertos problemas e independientemente del enfoque que se les dé, un cierto tipo de cine sea admitido como progresivo, mientras que, en contrapartida, películas que lo son auténticamente, en virtud de los postulados estéticos de partida que las hacen válidas como tales, son rechazadas...

Así ha sucedido que, en su momento, «El general de la Rovere» fuera considerado como un film sobre la Resistencia, o que, en la actualidad, «Adivina quién viene esta noche» o «En el calor de la noche» sean tenidas por obras que sirven a la causa de los negros americanos. En sentido inverso, films como «Senso» o «El gatopardo», como «Teléfono rojo» o «2001» han sido considerados poco menos que como reaccionarios... En el primer caso se veía en el film de Rossellini sólo lo más directamente aparente, haciendo caso omiso de su auténtica significación, de lo que a su autor le había interesado realmente, mientras que en los de Kramer y Jewison se tomaba en cuenta únicamente el hecho de que su protagonista fuera un «angelito negro» —Tío Tom Poitier—, sin ver que, precisamente en virtud de la excepcionalidad, del «blanqueamiento» del personaje central, los films no eran ya lo más contrario a las teorías de un Carmichael, sino incluso a las de un King. En el segundo caso, el proceso era aún más grave, más significativo, y remite directamente a una teoría general del

arte popular, de la alienación del arte. El hecho de que Visconti y Kubrick, por caminos dispares, hubieran llegado en las que son indudablemente sus obras maestras a un auténtico arte popular, en el que la espectacularidad empleada como medio de reclamo, para lo que se ha dado en llamar el «gran público», no supone en ningún momento abdicación de procedimientos expresivos personales, sino lo contrario. Sin embargo, a propósito de «Teléfono» se habló de antisovietismo, por el hecho de que el embajador soviético estuviera tratado, como todos los demás personajes, en clave de «comics»; en relación a «2001» se han dicho las mayores barbaridades respecto a la tan traída y llevada piedra... A Visconti se le reprochó el esteticismo de sus obras, sin pararse a pensar que en él estaba la clave de la destrucción desde el interior del mundo puesto en la picota por el realizador...

Viene todo esto a cuento de una película recién estrenada, que está siendo objeto, una vez más, de un grueso e incomprensible error de interpretación. Se trata de «El incidente», de Larry Peerce, saludada casi unánimemente como película-protesta, índice de las taras de una sociedad en descomposición, cuando se trata de todo lo contrario. En efecto, todos los esquemas utilizados por la más extrema de las derechas están presentes en el tratamiento dado a los distintos personajes —todos ellos simbólicos, no se olvide— que intervienen en la película. El intelectual es cobarde e incapaz de satisfacer a su esposa; el negro, partidario del «black power», es arrogante, impertinente y en último término incapaz, por cobardía, de aplicar los principios de violencia de los que es defensor dialécticamente; el dipsómano, claro, es irlandés de origen; los viejos son egoístas y, en consecuencia, inútiles para la defensa de una sociedad basada en el éxito; los sembradores del desorden, de un desorden que es violación del «desorden establecido», son de origen italiano e irlandés... Y, naturalmente, la salvación vendrá del ejército, pero no de uno cualquiera de sus miembros, no del hijo de emigrantes italianos que ni siquiera ha aprendido a hablar correctamente el americano, sino del muchacho del sur, rubio y de aspecto angelical, que a pesar de su brazo escayolado, y arriesgando su vida en ello, acabará con la violencia, ante la cual los demás se han mostrado